VII

EL TELESCOPIO

Las habitaciones que Bathilde de Wendel ocupaba en el hotel de Nevers, estaban situadas, como ya hemos dicho, en la parte trasera del edificio.

Precisaremos ahora, añadiendo que se hallaban en el segundo piso.

Desde las ventanas, y á través de un claro de los olmos seculares que limitaban el parque, veíanse claramente las cuestas meridionales de Montmartre, sembradas de casitas y jardines, á donde petimetres y calaveras iban á abrigar sus amores clandestinos.

Uno de los días de la semana que siguió á los sucesos relatados en el capítulo anterior, estaba la señorita de compañía de la condesa de Lagardère sentada en la sala, junto á una ventana abierta, y con los ojos perdidos en lontananza, en la dirección de las alturas de las verdes afueras.

Parecía meditar.

En el fruncimiento de las cejas, en la contracción de sus labios, cerrados muy fuertemente uno contra otro, ocultando por completo la pulpa, podía suponerse, fijándose en tales detalles, que sus reflexiones no eran para ella muy agradables.

¿En qué pensaba?

¿Iría á fracasar el complot tramado por ella y Peyrolles para apoderarse de la herencia de la condesa Aurora?

No.

Al contrario, tenía Bathilde más seguridades que nunca de ver realizado su proyecto.

Aunque, á raíz del regreso de la condesa á París, habíale demostrado ésta alguna frialdad, no tardó en devolverle su antigua familiaridad y hasta en hacerle creer, á veces, que contase siempre con una buena parte de su fortuna en caso de que Dios la llamase á sí.

Por lo tanto, no tenía nada que temer por ese lado.

¿Alteraría, acaso, su fisonomía el fastidio de esperar tanto tiempo esa fortuna, para cuya posesión no retrocedía ante el crímen?

Tampoco.

No obstante estar muy puesta á prueba su paciencia, ya que en los dos años que hacía que empezó á vivir de nuevo con la condesa habíale sido del todo imposible realizar con ella sus proyectos homicidas, la certidumbre en que estaba de conseguir algún día su objeto la hacía resignarse sin grandes esfuerzos á tan larga espera.

En aquel momento, absorbíala una cosa muy distinta.

En efecto, Bathilde, que había llegado á la edad de veintiocho años sin que su corazón hubiese hablado aún, acabó por sufrir la ley común : amaba.

Y amaba con tanta más pasión cuanto que el amor, que hasta entonces había permanecido en ella en estado latente, estalló con repentina violencia, haciéndola su esclava, antes de que tuviera ella tiempo de ponerse en guardia contra él.

El veneciano Zeno fué quien produjo tan extraño ardor.

Su primer encuentro habíase efectuado en casa de la señora de Verteuil, en donde se recibía á Bathilde y adonde iba también el caballero, á quien la marquesa llamaba familiarmente Zen.

El embajador, hombre guapo, de tez tostada y ojos ardientes, la había seducido en seguida, y ella se le entregó en un arrebato de pasión.

Pronto iba á hacer tres años que ella le pertenecía por entero.

Mas, desde el primer día, exigió Bathilde que sus relaciones fueran secretas, pues un interés considerable para ella, la obligaba á no dejar traslucir nada de sus amores.

Interés que, más tarde, no teniendo nada que ocultarle, había explicado á su amante.

Al principio, muy enamorado de su nueva conquista, fué el caballero rigurosamente fiel.

Sin embargo, al fin, cansado de verse limitado á un

mismo amor, y sobre todo á un amor imperioso, cual era el de Bathilde, el caballero, Luis XV en miniatura, buscó distracción en otros lazos menos absolutos, lo mismo que iba á hacer el monarca para descansar de las tiránicas é interesadas ternezas de la Pompadour.

Como, naturalmente, no era la señorita de Wendel mujer capaz de tolerar un reparto, é incapaz de tener la misma magnanimidad que el ilustre « Cotillon II » — apodo que Juan Prisson iba á deber á Federico de Prusia, — dirigió sangrientos reproches al caballero.

Porque la sangre italiana heredada de su madre, se había despertado en ella arrojando á su corazón terribles celos que la atormentaban cruelmente.

Por su parte, el caballero, una vez apagado su amor, hubiérase librado á escape de esa esclavitud á no ser porque una consideración de primer orden le obligaba á soportarla pacientemente.

Cuando su concubina le confesó el papel que representaba al lado de la condesa, lejos de indignarse, había, por el contrario, tan singular diplomático aprobado aquella maniobra, y hasta ofrecióse á secundarla cuanto pudiera, entrando así voluntariamente en el complot tramado contra la pobre Aurora.

Procediendo de ese modo, tenía meditado un plan : casarse con Bathilde así que ésta hubiese heredado.

Para él, era este un negocio excelente ; puesto que á pesar de ser representante de la república de Venecia, sólo contaba con un haber personal medianejo, con el cual costábale mucho mantenerse á la altura de las circunstancias.

Cierto es que su garito le producía algunos beneficios; pero, de todos modos, aun así le era difícil equilibrar su presupuesto.

Ahora bien, al casarse con Bathilde, no sólo dejarían de existir esos apuros pecuniarios; sino que, además, se vería al frente de una fortuna con la que nunca soñara.

Claro está que ignoraba que Peyrolles pensaba apropiarse las tres cuartas partes del legado hecho á favor de Bathilde.

Y he aquí como, ligado á esta última por doble pacto de interés y de infamia, se resignaba á sufrir sin murmurar el yugo de su amor, por pesado que le pareciese.

Volvamos ahora á la que hemos dejado sumida en su meditación y mirando á Montmartre.

Entre las numerosas casitas por allí diseminadas, fijábanse particularmente sus ojos en una de ellas.

Era ésta un edificio de tamaño regular con paredes muy blancas, de tejas encarnadas y rodeada por un jardín bastante grande.

Fácil le era reconocerla, pues varias veces fué allí á verse con el caballero, que había alquilado parte de la finca.

En un principio, dicha propiedad fué destinada á un solo inquilino; pero como al propietario le parecía más ventajoso cobrar dos alquileres en vez de uno, habíala dividido por el medio, condenando algunas puertas, al mismo tiempo que hacía levantar una tapia para separar el jardín.

Cada una de esas partes era ya suficiente para albergar dos ó tres personas.

Actualmente, no obstante estar en Octubre, el caballero hacía de ella su residencia habitual, dejando los otros pisos que tenía en París.

Estaba allí desde el principio de la estación.

Y á ese era al sitio donde miraba Bathilde.

Antes, en los albores de sus relaciones con el caballero, sus ojos radiaban, y le palpitaba el corazón al contemplar aquella masa ligera que se perfilaba como un ala blanca en el azul profundo; porque en aquella época, él la llamaba á menudo... muy á menudo.

Una escarapela rosada sujeta á uno de los ventanillos le revelaba su presencia, al tiempo que le decía también:

— Ven...

¡Ay! poco á poco, la aparición de la escarapela iba siendo menos frecuente, hasta que, tras aparecer raramente, acabó por no verse nunca.

En vano pasaba Bathilde horas enteras registrando el horizonte, nunca veía señal alguna.

Al reprochar al caballero esa casi indiferencia que, por casualidad, había coincidido poco más ó menos con la vuelta de la condesa Aurora á París, contestóle él que no la mandaba acudir tan frecuentemente á verlo, para no comprometer su posición frente á la condesa.

¡Qué ironía!

Bien sabía Zeno que la Wendel era libre de sus actos y que, de todos modos, le era fácil buscar cualquier pretexto para ausentarse.

No por esto aparecía la escarapela.

Ese día en que la vemos sentada junto á la ventana, sus pensamientos eran más tristes que de costumbre, sobre este tema.

Ahora, cuando le veía, sólo era en público, en reuniones á las cuales Bathilde acompañaba á la condesa, y en las que no podía cambiar con él sino frases vulgares, mientras en sus labios se agolpaba una oleada de palabras ardientes.

No por eso dejaba él de estar amabilísimo con ella; le decía cosas muy agradables, y hasta, á veces, deslizábale al oído algunas palabras para manifestarle el pesar de no poder ser para ella lo que antes fué.

Pero á eso se reducía todo.

No obstante, una vez, y hacía de esto cuatro meses, reapareció la escarapela.

Con el corazón brincando, corrió Bathilde á la casita.

¿Volvería Zeno á su antigua ternura?

Sí, volvió.

Pero, tras los besos, vinieron los negocios.

Rogábala que le prestase algunos miles de luises que le hacían falta; sólo que se los prestase, por supuesto.

Era demasiado galante para no pagárselos... pero más tarde... más tarde... la devolvería esa cantidad, con lo que ya le debía de antes.

Porque, debemos decir que, desde que la conocía, no desdeñaba el acudir á la bolsa, siempre para él abierta, de Bathilde.

De modo que la mayor parte del dinero que tenía gracias á la munificencia de la dama á quien traicionaba

no hacía más que pasar por sus manos, para caer en seguida en las de Zeno.

¡Pobre Venecia, que se hacía representar por tales aventureros!

De pronto, levantándose Bathilde de su asiento, acercóse rápidamente á la ventana; luego, con brusco ademán, colocóse la mano encima de los ojos y sondeó el espacio.

Acababa de ver dibujarse una sombra en una ventana de la casita, abierta en aquel mismo momento.

— ¡Él es! — exclamó, más bien adivinando á Zeno que viéndole realmente, — ¿Se le ocurrirá colgar la escarapela?

Aguardó con ansiedad.

Pero fué vana su esperanza... no se vió señal alguna, y después de permanecer un momento asomado, desapareció el italiano en lo interior del cuarto.

Bathilde tocó un timbre.

Acudió una criada.

Era una joven de rostro astuto y guasón que era el tipo más perfecto de la sirvienta parisiense.

— Clarita — ordenó Bathilde — tráeme el telescopio.

— Bueno, señora — repuso la maritornes sonriendo y marchándose hacia un armario, en busca de un soberbio catalejo, montado en un pie y provisto de un tornillo que permitía dirigirlo en todos sentidos.

Los anteojos llamados « de larga vista » estaban entonces muy de moda.

No se sabe á punto fijo cómo se ha propagado su uso.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

pero, hacía varios años que apenas se veía casa regular que no tuviera uno.

Era muy cómodo.

De esa manera podían verse los gestos y hechos de personas á gran distancia y que no sospechaban el examen de que eran objeto.

Al inventar Galileo ese aparato para escrutar las profundidades del éter, no pensaría seguramente en el destino que le reservaban los ociosos y en las pueriles observaciones terrenas en que se le iba á emplear.

Muchos edificios tenían un cuarto destinado exclusivamente al telescopio.

Como es natural, instalábase dicho instrumento en la parte más elevada del edificio á fin de que la vista tropezase con los menos obstáculos posibles.

Sucedía que desde aquellas alturas, podía establecerse correspondencia mediante signos convencionales y entenderse tan bien como si se hablase de cerca.

Los amantes separados por padres bárbaros ó por celosos Otellos apelaban á menudo á ese medio para confiarse sus cuitas.

Bathilde siguió la moda y proveyóse de un anteojo de largo alcance.

Pero no lo hizo con la idea de sorprender los secretos de personas que le fueran indiferentes; cuidábase poco de perder el tiempo en semejantes distracciones.

Su aparato sólo servía para expiar lo que pasaba en la lejana morada de Zeno.

Lo había comprado recientemente, á escondidas de todo el mundo y sobre todo de Zeno, quien no se sorprendiera poco si le dijesen que desde el hotel de Nevers, la señorita de compañía de la condesa presenciaba sus menores actos.

Una vez colocado el telescopio en la ventana, dirigiólo Bathilde hacia Montmartre y aplicó el ojo al ocular.

— ¿Está en casa el señor Zeno? — preguntó la criada, que se hallaba al corriente de los amores de su ama.

— Sí está — repuso malhumorada Bathilde.

— Debe de ser muy interesante, señora, ver desde tan lejos lo que hace el caballero.

— ¡Oh! ¡interesante! — exclamó Bathilde, fingiendo poco interés — hasta cierto punto... De todos modos, no son las ocupaciones á que ahora se entrega las que pueden despertar interés.

— ¿De veras? ¿Cuáles son pues, esas ocupaciones? — preguntó Clarita con una familiaridad que sabía le era permitida.

— Si tienes empeño en saberlo, te diré que, por ahora, parece prestar toda su atencion á mirarse en el espejo y atusarse el bigote.

— ¡Qué coquetón!... ¿Sabe usted que el caballero tiene unos bigotes muy bonitos?

— ¡Descarada!... ¡Ah! Ahora se tumba en un canapé, pone una almohadilla bajo su cabeza y dispónese á dormir...

Vaya — añadió Bathilde, lanzando un suspiro y separándose del anteojo — ya no tenemos nada que ver... un hombre que duerme no es espectáculo muy atractivo.

Y dicho esto, siéntase de nuevo y recobra sus pensamientos sombríos.

Sin gran miramiento, Clarita empezó á contemplar á su vez por el anteojo.

— ¡Eh! ¡Eh! — exclamó, tras un momento de examen; — ¡pues no está tan mal el caballero cuando duerme!

Luego, con extrañeza, añadió :

— ¡Si no duerme!... Ahora se levanta y empieza á pasearse por el cuarto...

Ahora se detiene ante un mueble... parece un escritorio... abre un cajón... y saca algo de él...

¿Qué es lo que acaba de coger?

Clara dejó de hablar algunos instantes.

De repente, prosiguió :

— ¡Ah! ¡ya lo veo!... Es un pedazo de tela... parece una cinta para el cuello...

Pero... ¿qué hace con ella?... Se la lleva á los labios... luego, la besa, la besa... otra vez... y aún... como si quisiera comerla á besos... Algún recuerdo de amor, probablemente... ¡Dios mío!... ¡Qué tontos son los homb...!

Bathilde le cortó la palabra, saltando hasta el anteojo y empujándola para ocupar su puesto.

Al principio extrañóse mucho la sirvienta del brusco movimiento de su ama, y luego, dijo aparte :

— He sido una majadera en contar esas cosas á la señora. No pensaba que es más celosa que una tigre.

La Wendel permaneció lo menos cinco minutos con el ojo clavado al ocular.

Cuando se enderezó, hallábase extremadamente pálida y el furor contraía sus facciones.

— Vísteme inmediatamente, Clarita — ordenó con voz silbante.

— ¿Va usted á salir?

— Ahora mismo.

— ¡Ah!

— Este « ¡Ah! » fué pronunciado de tal manera que, en boca de la criada, significaba muchas cosas.

Bathilde adivinó el sentido, pues dijo en seguida :

— ¡Sí, voy... á saber á quién pertenece esa cinta que tan tiernamente besa... el traidor!

— ¡Quizá sea de usted! — insinuó Clarita, esforzándose por disimular la guasona entonación con que pronunció esas palabras.

— ¿Crees tú? — murmuró Bathilde, concibiendo cierta ligera esperanza. — Al fin y al cabo, ¿qué se ha hecho del pañuelo que para el cuello me regaló la condesa?... Tal vez se me haya perdido en casa de Zeno.

Si la criada hubiera sabido guardar silencio, todo hubiese terminado, y apagárase el furor de Bathilde con la misma rapidez que se había encendido; pero Clarita no podía callarse.

— La señora olvida que, no gustándole el encaje de ese pañuelo, me lo regaló — dijo mirando con sorna á su ama para ver el efecto que le producían sus palabras.

— ¡Ah! ¿lo tienes tú? — rugió la Wendel en el colmo de la desesperación.

— ¡Pues bien! ¡quiero saber á qué mujer pertenece lo que se llevaba á los labios hace un rato!

Caminaba con grandes pasos por el cuarto é inconsciente de sus movimientos, hacía crujir las articulaciones de sus dedos.

— ¡Ah! ¡ah! ¡vamos á divertirnos, señor caballero! — dijo, con una carcajada convulsiva.

Luego, á Clarita :

— Vísteme.

Y, viendo que la camarera titubeaba, añadió :

— ¡Te digo que me vistas pronto!

— En seguida, en seguida, señora — repuso la sirvienta al notar la impaciencia del ama. — ¿Qué traje quiere usted ponerse?

— La amazona malva con encajes claros.

— ¿La amazona malva? Sin duda no se acuerda la señora de que ya la ha llevado tres veces.

— ¿Y qué?

— Pues que yo la había ya retirado...

— ¡Ah! ¡bribona! te la has apropiado como el pañuelo... En ese caso, dame otra cualquiera.

— Corro á buscarla.

— Al mismo tiempo, baja á la cuadra y dí que ensillen inmediatamente á Sultán.

— Está bien.

Un cuarto de hora después, salía Bathilde á caballo del hotel y se dirigía al trote largo á Montmartre.

VIII

LA CASITA DE MONTMARTRE

Los moda de las *Casitas*, ó mejor aún, de las *Locuras*, para emplear la expresión de la época, data del reinado de Luis XV.

Reinando Luis XIV no existían, en efecto, propiamente hablando, porque los señores y burgueses de la época, iban á divertirse á figones retirados de los centros populosos, algunos de los cuales se han hecho célebres, como el del *Gros-Caillou*, *Moulin de Javelle*, *Bonshommes*, *Port à l'Anglais*, *Chaillot*.

Entonces, disfrazábanse con sencillos vestidos, para encontrarse en aquellos lugares puestos en moda por la cocina y donde el bienestar cedía el paso al amor.

Bajo la Regencia, Felipe de Orleáns dió á la nobleza y á la alta banca tan vivo impulso hacia el placer, que se creía mucho más económico adornar una gran casa construída ó alquilada con enormes gastos.